

es un gran mal que algunas almas sencillas esperen verme morir de un modo maravilloso; en cuanto á lo que sucederá después de mi muerte, Dios lo sabe, mas yo no tengo deseo de escudriñarle, ni menos de publicarlo. Yo no soy más que un instrumento entre sus manos, que haga de mí lo que le agrade.» Después se puso á disponer lo que convenía á su sepultura y funerales; ningún detalle se le escapó. «Sobre todo, añadió, sepultad mi cuerpo sin dilación, y pues Dios ha querido que desde hace treinta y tres años no haya tocado la tierra desnuda, os suplico que me continúeis este favor haciendo que descanse sin tocarla.»

Cada dia y á cada hora, damos un paso más hácia la muerte, que tal vez no está distante. Véamos si en nosotros, como en Liduvina, se echa de ver la aproximación del instante decisivo por una vida más perfumada con la pureza, la humildad, la santa paciencia y la generosa caridad.

CAPITULO XXIII.

ADMIRABLE MUERTE.

Liduvina pide perdón.—Acércase su hora.—Jesucristo le dá la Extrema-Unción.—Déjale un prodigioso crucifijo.—Su agonía.—El sobrinito Bodino corre á la iglesia.—Ha muerto!—Véamos sus manos!

EN efecto, la hora de Liduvina iba á sonar bien pronto, y ya se hacían en el cielo los preparativos de

sus bodas virginales, á las cuales la santa se disponía con todo fervor.

Un dia hizo venir cerca de su lecho á sus parientes, á las mujeres que la servían y á todos los que habían vivido cerca de ella. «Yo os he llamado, les dijo, por que siento la necesidad de pedir os perdón á nombre de Jesucristo, que tanto os ha amado, á nombre de vuestro amor por Jesucristo, perdonadme os lo ruego, todas las penas que he podido causaros. . . .» Un grito unánime le impidió continuar. «A nosotros nos toca pedirte perdón, Liduvina, decía cada uno de los asistentes: nosotros somos los que debemos humillarnos y pedir oslo, nosotros que muchas veces quizá hemos tenido la desgracia de contristaros, siendo vos tan buena y tan amable! Perdonadnos pues! Y cuando estuviereis delante de Dios en los gozos de su eterno reino, acordaos de nosotros y asistidnos en nuestras miserias!» Todos se derretían en lágrimas, y no podía ser de otra suerte; y antes aquel dolor hubiera sido mas grande si hubiesen sabido cuán próxima estaba la separación! Mas nadie lo sospechaba, todos se hacían ilusión y vacilaban entre el temor y la esperanza, y era precisamente porque la santa no decía nada, ni del peligro de su estado, ni del dia de su muerte.

Mas expliquémonos: al guardar Liduvina ese silencio se proponía dos cosas, la una, era evitar en la hora suprema un concurso de gentes que turbarían su recogimiento y alarmarían su humildad; la otra: el morir sólo y abandonada sin más asistencia que la de Jesucristo á fin de asemejarse más, imitando mejor su divina crucifixión.

Por fin, llegó el dia de Pascua, y como de ordinario, mucho tiempo antes de los primeros rayos de ese hermoso dia, la virgen se había puesto en oración. Mas

qué debía pensar? Era un presagio? esta vez encontraba en su oración más que de ordinario, inexplicables delicias, sintiendo su alma derretirse de amor y de deseo, en la contemplación de las magnificencias de la resurrección del Señor, concluidos los grandes dolores del Calvario, vencida ya la muerte por Cristo: es la puerta que se entreabre dejando escapar su presa, el Salvador que se levanta triunfador, radiante é inmortal, teniendo al pecado cautivo; levantándose del dolor á la felicidad, de los abismos de la humillación á los esplendores de la eterna gloria; todo ese gran espectáculo que la meditación desarrollaba ante sus ojos, la llenaba de un entusiasmo divino. "Dios mío exclamó Liduvina, quebrantad la piedra de mi sepulcro, quebrantad este cuerpo mortal que detiene mi alma cautiva, como en un sepulcro! A mí también hacedme salir de este ataúd en que tanto tiempo ha gemido: llamadme de la esclavitud á la libertad, de las tinieblas á la luz, de la corrupción á la inmortalidad, llamadme á la dicha de contemplar vuestra gloria y de embriagarme de amor en los gozos de vuestra adorable presencia! La muerte sería para mí la vida, hacedme pues morir! venid, Señor, á libertarme! Concededme el ir á celebrar la Pascua con Vos allá en los cielos!"

Trempo era ya de que fuesen escuchados esos santos y ardientes deseos! El humilde aposento repentinamente se iluminó por la última vez. La virgen vió venir al Salvador que le traía en fin la buena nueva! Y como prenda real de ello, la preparaba un favor inaudito, que sabemos por la revelación que Liduvina misma hizo de él después, y el que vamos á referir... Jesucristo venía á aplicarle con sus divinas manos el sacramento de la Extrema Unción.

No nos espantemos de ello, pues que semejante fa-

vor no es sin ejemplo. El Salvador mismo comulgó á los Apóstoles, y la vida de los santos nos enseña que á muchos administró, ó la divina Hostia, ó la última Unción... favor insigne, inmenso que rara vez concede. Mas ¿por qué no había de concederle? Sería imposible ó inconveniente que él mismo aplicara á alguna alma privilegiada la sangre que por ella derramó? Y si esta aplicación no es ni inconveniente ni imposible ¿á quién podía Jesucristo escoger entre los santos para honrarle de este modo, sino á la virgen Liduvina; la dulce estigmatizada, imagen viviente de sus dolores, á la virgen tan pobre, tan humillada y al mismo tiempo, tan pura, tan fiel y tan paciente, recostada hacía treinta y ocho años en los tormentos del más horroroso martirio, á la que había padecido por su amor tanto, ó tal vez más que ningún otro santo?

El día pues, de la solemnidad de la Pascua, la mañana antes de salir el sol, estando sola en su aposento, Liduvina se abandonaba como hemos visto, á los transportes amorosos que le producía el espectáculo de las glorias de la resurrección; repentinamente vió al Salvador descender de los cielos hacía ella. "Ah! venid Amado de mi alma, exclamó, presintiendo el beneficio que iba á recibir; mucho tiempo ha que os esperaba, mucho tiempo ha que mi ángel me decía que vendríaís así!" En efecto, el Salvador se acercaba con más bondad que nunca: á su lado estaba la santísima Virgen, y en seguida los doce Apóstoles, los ángeles y otros muchos santos. El Señor Jesús, llegando cerca del pobre lecho se colocó á la derecha, su gloriosa Madre, á la izquierda, y al derredor, los príncipes de la eterna corte.

Al mismo tiempo pusieron cerca de su cabecera una mesa de deslumbrante blancura, y la virgen veía so-

bre ella un vaso muy brillante, un Crucifijo de un trabajo admirable, y una vela de la que brotaban como oleadas de luz celestial. Mas su Amado sobre todo, era el que absorbía su atención; jamás lo había visto así, estaba revestido de espléndidos ornamentos sacerdotales. Era el Sacerdote Eterno! Qué majestuoso estaba! Qué grande parecía y qué venerable!

Uno de los apóstoles, acercándose á la mesa tomó con respeto el vaso de los santos óleos, y lo ofreció al divino Salvador: la augusta ceremonia comenzaba. Los ángeles acercándose á la virgen, le descubrían los oídos, las manos y los pies; el Señor Jesús era quien hacía por sí mismo las unciones! No pronunciaba, ó más bien la virgen no oía ninguna palabra; mas sentía muy bien á cada unción las impresiones de su divina mano! Cuán dichosa se sentía en aquellos momentos!

Después el Salvador tomó la vela y se la dió para que la tuviese; y la santísima Virgen la tenía juntamente con ella. Tomó también el Crucifijo y lo colocó enfrente á su vista. "Liduvina, le dijo, ese Crucifijo quedará aquí visible para tí sola, hasta el momento de tu muerte." Liduvina no podía ya contener los ímpetus de su alma. "Jesús mio, le dijo, bendito y alabado seais en el tiempo y en la eternidad! Qué no tenga yo todas las voces del cielo y de la tierra para daros gracias! Y no obstante, oh mi dulcísimo Señor, después de tantas mercedes, permitidme el pedir os otra más, ¿qué podréis negarme cuando acabáis de humillaros hasta inclinaros hacia vuestra pobre y pequeña sierva, sin tener horror al ungir mi miserable cuerpo con vuestras santísimas manos! Oh misericordiosísimo Salvador, yo os conjuro que multipliquéis mis dolores y activéis mis tormentos hasta la hora de mi

muerte, y tanto cuanto mis pecados merecen, á fin de que mi alma en dejando su terrestre prisión, pueda ser admitida sin más purificación á contemplar vuestro rostro adorable!—"Hija mía, respondió Jesús, yo recibo tu oración y serás escuchada; quiero que dentro de dos dias puedas cantar en el reino de mi Padre, el eterno aleluya en compañía de las vírgenes tus hermanas."

Y diciendo estas palabras, Jesús desapareció, y la virgen quedó sola con su ángel! Qué alegría! qué embriagadoras delicias! Haber recibido la santa Unción de mano del divino Pontífice! y sobre todo, haber oído de su boca adorable, la promesa del cielo! Dentro de dos dias, estar segura de ir á sentarse con el Esposo en el festín nupcial, en el banquete de la eterna alegría... esto era un morir de dicha antes de tiempo! ¡Oh y cuánto bendecía y daba gracias á Dios! Cuánto sentía acrescentarse en su corazón, el deseo y la ardiente sed de sufrimientos durante los dos dias que le quedaban! Cuánto se afirmaba en la resolución de verse sola en las angustias de la muerte, y de morir despojada, abandonada de todos como su modelo del Calvario! ¿Tenía acaso necesidad de otra asistencia que la del Crucifijo que le había dejado su Redentor, de aquel Crucifijo maravilloso que estaba allí delante de ella, y que parecía colocado á su vista expresamente como para aprobar su resolución y llenarla de generoso valor?

Por lo demás, así como lo había pedido, sus dolores redoblaron su intensidad, en el dia de Pascua y en la mañana siguiente. Se conocía muy bien que los tormentos á cada instante, llegaban á un horroroso paroxismo, mas tantas veces se había visto este doloroso espectáculo! Además, resplandecía en la santa

tanta serenidad y tanta dicha, que nadie sospechaba ni por un instante la cercanía del peligro.

Así llegó el martes. Las visitas acudían como siempre, y desde en la mañana el aposento estaba lleno. "Padre mio, dijo la virgen á su confesor, y vosotros, prosiguió dirigiéndose á los otros asistentes, vosotros que me habeis hecho tantos favores, concededme ahora una gracia: deseo vivamente estar sola en el dia de hoy; y mostrarme que sois para mí amigos fieles, accediendo á mi súplica. Además, de esto, podeis estar sin inquietud, pues quedará conmigo mi sobrinito Bodino que en caso de necesidad irá á llamaros." Ninguno vió en esto nada de extraordinario, pues se imaginaron que la santa quería como otras veces obedecer al atractivo que la hacía desear la soledad á fin de orar mejor. Todos se retiraron; mas en realidad la hora había llegado: el terrible y último combate iba á comenzar: esa agonía que la heroína crucificada había resuelto sostener sola, pero muy segura de que el celestial Esposo no le faltaría y la sostendría con su soberano poder.

Cuando todos salieron, la santa se puso á recitar las últimas oraciones, ella misma hizo la recomendación de su alma, y apenas terminada, entró en una larga y espantosa agonía. Desde las siete de la mañana hasta las cuatro de la tarde su cuerpo fué quebrantado con tormentos que no tienen nombre: espantosos espasmos se sucedían: veinte veces en un instante comenzaban los vómitos con tan increíble violencia que la hiel misma salía por la boca manchando los labios de la incomparable mártir. Por fin, la última y más terrible crisis sobrevino: sintiéndose sufocada exclamó desde su cruz: "Ah mi amado niño si mi padre supiese cuanto padezco!" El pobre niño se lamentaba: "Tía, le decía, llorando y corriendo al derredor del lecho, oh mi pobre

tía! ¿Queréis que llame á vuestro confesor? Iré á buscarle amada tía! habladme, respondedme pues! Pero la Bienaventurada no hablaba ya, y sólo se agitaba con las convulsiones de la muerte. Espantado y fuera de sí el niño, se lanza, corre á la iglesia en donde se celebraba una Misa de difunto, á la que asistía casi toda la ciudad. El niño llama al sacerdote, y á las piadosas mujeres amigas de su tía: todos acuden luego, se acercan al lecho de la virgen, y le hablan. Liduvina, decía uno, qué sentís? qué tenéis? Liduvina, añadía otro, queréis recibir el sacramento de la Extrema-Únction?—Está muerta! exclamaba este con terror!—Nó, nó, continuaba aquel, no está ni muerta ni más enferma que antes, vedla bien: está con su éxtasis. Mirad bien! Qué tranquila y serena! qué aspecto de felicidad contemplativa!"

Gracias á esta turbación general no sabían qué pensar, cuando repentinamente una de las amigas íntimas de la virgen exclamó: "Ah véamos sus manos! me acuerdo que muchas veces me dijo que esperaba poderlas juntar antes de su muerte: véamoslas. Y en efecto, encontraron sus dos manos juntas y cruzadas sobre su pecho, lo que hacía más de treinta años le era materialmente imposible, y también encontraron junto á la cabecera del lecho su silicio, qué cosa tan prodigiosa! no había sido desatado. ¿Quién había podido desprenderle así de su cuerpo sino su buen ángel? Ya no quedaba duda alguna: Liduvina había muerto!"

En efecto, la virgen de los dolores, había expirado sola y abandonada, mientras que el niño había corrido al lugar santo; Liduvina había muerto á las cuatro de la tarde, el martes de Pascua del año de gracia de 1433, á los treinta y ocho años de su enfermedad y á los cincuenta y tres de su vida.

Liduvina vino á este mundo en los días de los dolores de Cristo y padeció mucho con El y por El! Justo era que con El saliese de este mundo y subiese á los cielos en los días de su triunfo y de su Resurrección!

A la luz de la muerte, la verdad muéstrase dejando ver á plena luz lo que nosotros llamamos vicio ó virtud, riqueza ó pobreza, placer ó sufrimiento. . . . Qué horrosos pesares entonces para el pecador! Mas qué santa alegría para el justo!

CAPITULO XXIV.

GLORIA.

Quitad el velo.—Un prodigio.—Qué hermosa está.—Miran su alma en figura de blanca paloma.—La piadosa Catarina la ve llevada al festín de sus bodas por el divino Esposo.—La visión de las dos vírgenes.—El concurso.—Un niño orando.—Magníficos funerales.—Peregrinación.—Una piadosa mujer devorada por un cáncer, viene descalza desde Leyda.—La religiosa de Gouda.—Guillermo Sonder-Dank y su enferma.—Traslación.—El culto de Liduvina nunca interrumpido.—Oración.—Conclusión.

CUANDO se convencieron de que todo había terminado, y de que no quedaba en aquel pobre lecho, teatro de tantos prodigios, mas que el despojo mortal de Liduvina, cubrieron su rostro con un velo. Después el

confesor con los presentes se pusieron de rodillas y lloraban amargamente la pérdida que habían sufrido. Muchas mujeres lloraban también con inconsolable aflicción, por el abandono en que había acabado la vida. Muerta, muerta sin ningún auxilio! decían con voz llena de desesperación; muerta tan miserablemente, Liduvina que era una santa! Y no estábamos aquí para asistirle; nosotras á quienes trataba como amigas! ¿Quién nos perdonará tal ingratitud? podemos jamás perdonarnos el haberla abandonado de esta suerte? Mas Dios en aquella hora iba á mostrarles que no eran lágrimas, sino cánticos de gozo lo que convenía cerca de la virgen tan amada. Su Majestad iba á revelar su gloria, y ese lecho de duelo iba en cierto modo á transformarse en carrosa de triunfo ó en manifiesto trono. En efecto, el pueblo á quien llegó la noticia, había acudido y llenaba el aposento; todos querían ver el rostro de la santa. Es muy justo, dijo el confesor que permanecía arrodillado, y dirigiéndose á una de las mujeres que oraba cerca del lecho, dijo: "levantad el velo;" la cual inmediatamente se levanta y extiende la mano. . . . Mas repentinamente, y á una sola voz las mujeres, los sacerdotes y todos los asistentes dan un grito: Un milagro se había obrado debajo de ese velo, uno de los más bellos milagros que se hubiesen visto en aquel aposento. Oh maravilla! Liduvina vivía; parecía revivir y haber recobrado una vida nueva y esplendorosa. Las llagas, las úlceras, las deformidades de su rostro, todo había desaparecido, y una arrobadora hermosura lo había reemplazado todo! Los ojos, las mejillas, la barba, los labios, el cuello, todo lo que hasta allí había aparecido lleno de sangre, pálido y desgarrado por el mal, todo resplandecía ahora con un esplendor sobrenatural. . . . Que celes-